



tenía ningún medio material para conseguirlo; y como no quería retroceder, apeló á una estratagemas. Entrada la noche volvió la aguja, hizo dar las velas al viento, y los marineros creyeron que iban en demanda de Marsella; mas no era así, pues al romper el alba al día siguiente estaban á la altura de Cartagena, sin que ninguno lo sospechára siquiera (1). Este rasgo de su juventud, referido por él cuando era grande almirante del Océano, retrata bien su intrepidez, su resolución, su tino, y cuán poco le detenían los obstáculos que le oponían los hombres, porque si no los dominaba con la fuerza, los vencía con la habilidad.

No hay duda que luégo continuára Colon al servicio de René, durante los cuatro años que estuvo pretendiendo á Nápoles con las armas; pues fué principalmente en la mar donde obtuvo las mayores ventajas, y peleó más tiempo (2). Despues prosiguió navegando, bien solo, bien con algunos de sus parientes, hasta la última campaña de su vida militar, que se señaló con una circunstancia dramática, cuyos detalles nos inclinan á creer que no tuvo lugar sino por voluntad de la divina Providencia, en favor de aquel que iba á ser más adelante su fiel y pacífico servidor.

Si Colombo el Viejo gozaba de gran celebridad, no era ménos afamado Colombo *el mozo* en el Mediterráneo; pues habia conducido una escuadra contra los musulmanes. Tal vez induciria esto á Cristóbal á ponerse á su lado, porque en medio de los azares y trabajos de su vida, conservaba intacta la fe que hizo germinar en su pecho su buen padre. Además el odio á los turcos estaba escrito por las paredes de

(1) Fernando Colon, *Historia del almirante*, cap. IV.

(2) Nos complacemos en pensar, que cuando el último de nuestros abuelos de Italia tuvo que refugiarse en la flota francesa, que estaba en la rada de Nápoles, lo hiciera en el mismo buque de Cristóbal Colon, habiendo conocido por esta causa uno de nuestros antepasados al revelador del globo, cuya primera historia francesa habia de escribir uno de sus descendientes.

Génova, y aún se ve junto á la puerta de San Andres, cerca de la calle de Mulcento, en que vivia el cardador, una baldosa que dice: *Via de matamoros*.

Dejando las aguas de Levante se embarcó en calidad de oficial en un crucero, destinado á esperar cerca de las costas de Portugal á barcos venecianos, que venian con ricos cargamentos. Consigne Colon darles caza, y les embiste al salir el sol, entre Lisboa y el cabo de San Vicente. Llegan al abordaje, se defienden los de Venecia con intrepidez, y el combate se prolonga hasta la tarde; mas al venir la noche se incendia el casco enemigo, y como estaba tan fuertemente aferrado con el genovés, fué en vano quererse desasir y poner en juego las bombas, porque bien presto los dos se trasforman en una inmensa hoguera. Entónces todos se arrojan al mar, consiguiendo así no más que trocar la forma del peligro, pues se hallaban á diez leguas de la tierra más vecina.

Despues de un día entero de lucha, el cansancio estaba en su colmo, y por buen nadador que fuese Colon, hubiera perecido; pero la Providencia, que velaba por él, le acercó uno de esos anchos remos, con que en aquel tiempo se auxiliaban los buques en las calmas, lo asió, repuso sus fuerzas, y ganó la playa, dando gracias al Soberano autor de su salvacion. Sorrido por la caridad pública llegó á Lisboa, donde pensaba encontrar muchos compatriotas, y entre ellos tuvo la grata satisfaccion de ver á su hermano Bartolomé.

¡De qué medios tan maravillosos se vale la divina Providencia! Una calamidad, un desastre los convierte en un beneficio, en una gracia en favor de los aparecen ser sus víctimas. ¡Cuán grande ejemplo nos ofrece Colon, arrastrado contra su voluntad al centro de las ideas, que debian recibir en su mente nuevo ensanche, al único pueblo que se dedicaba á los descubrimientos y adquiria nociones cada vez mayores acerca del Océano y de los países del Mediodía!

CAPITULO IX.

Estado lamentable de Castilla ántes del reinado de Isabel.—Su exaltacion al trono de San Fernando.—Creacion del poder de la nacion española por una mujer.—Impulso literario, regeneracion del espíritu nacional y acrecentamiento del catolicismo.—Retrato de la princesa que fué el más gran rey de los tiempos modernos.—Su influencia en los destinos de España.

La cristiandad tenía fijos sus ojos en el suelo español, contemplando los heroicos esfuerzos de sus denodados hijos, que de siglos atras peleaban contra los sectarios de Mahoma, trasmitiéndose la cruzada de generacion en generacion, como un título de nobleza; y al par que se complacia de su perseverancia inaudita, presagiaba que una gran recompensa sería el galardón de tanta fe en la gloriosa é impeccedera causa de la Cruz. En efecto, de dividido que estaba su territorio en reinos y emiratos independientes, iba á ensanchar sus límites, para no ser más que una monarquía, la más poderosa del universo.

El nombre de una mujer ilustre resonaba en aquellos tiempos desde Europa hasta los desiertos de Africa y las fronteras de Oriente: era el de la reina más grande que nos presenta la historia, el de la sabia y victoriosa guerrera, que lo mismo en el fausto de la córte que en medio de sus soldados, llenó de admiracion á todos, permaneciendo siempre piadosa y modesta; nombre dulce é inmortal que está escrito en la primera página de los anales de los viajes y de las colonias en el Nuevo Mundo, porque la que lo llevaba fué el medio de su

descubrimiento; así como el hombre que la reveló la existencia de aquellas apartadas regiones, era el designado por Dios para descorrer el velo que las cubria.

Debemos entrar en algunos pormenores, que son de absoluta necesidad para esclarecer la mision del perfecto cristiano cuyos hechos vamos á narrar, pues su venida á España, y el papel que representó en los destinos de la nacion, nada tuvieron de casual, sino que fueron el corolario de principios ya establecidos, el premio de una obra digna de apreciarse bajo el punto de vista histórico y de la fe católica.

Con motivo del fallecimiento de D. Enrique *el Doliente*, recayó la corona en su heredero, á la sazón de dos años, que fué proclamado con el nombre de Juan II. Débil de espíritu, como su padre lo habia sido de cuerpo, vejetó sin cuidarse del trono, entregado á todo género de goces, dejando reinar por él al ministro de sus placeres D. Álvaro de Luna. Competia este favorito en ostentacion con su señor; vivia con magnificencia, rodeado de sus gentiles hombres, de sus oficiales, de sus cortesanos y de sus poetas. Llegó á tener sus anales como un soberano, anales que ocupan un lugar entre las



autoridades históricas. Pero el despotismo del condestable rebajaba al monarca y fomentaba odios sin número, y la impunidad de que gozaban sus hechuras iba corrompiendo la justicia, multiplicando las venganzas, y de consiguiendo los crímenes, y robusteciendo el poder, ya temible, de ciertos vasallos. Fué todo este reinado en detrimento de la fe y de la fuerza de Castilla; y de D. Juan, aunque tarde, confesó su incapacidad, diciendo al partirse de esta vida, que sentía no haber nacido en una humilde cabaña, mejor que en las gradas del sólio.

Contrajo dos matrimonios este rey sin ventura: del primero tuvo al infante D. Enrique, y del segundo á los infantes D. Alfonso y doña Isabel.

Reprodujo Enrique todas las faltas de su padre, y como él se puso bajo el yugo de su privado el marqués de Villena, que había sido paje de D. Álvaro. La penuria del Tesoro, que en el reinado anterior era casi completa, no contuvo las extravagantes y vergonzosas liberalidades del que la fama señalaba ya con el sobrenombre de *Impotente*. La corrupcion se extendía por los brazos del Estado, la magistratura y las dignidades eclesiásticas servían para pagar bajos y abominados servicios, y para colmo de infortunio, la alteracion del valor de la moneda, impúdicamente protegida por el gobierno, vino á empeorar la miseria general.

No bien hubo muerto su padre cuando don Enrique relegó á su triste viuda en el monasterio de Arévalo, el mismo en que D. Pedro *el Cruel* hizo encerrar á la desdichada Blanca de Borbon al dia siguiente de sus bodas. Olvidados en aquella soledad, y careciendo de las cosas que la costumbre hace necesarias, esperimentaron estos desgraciados príncipes las amarguras de la indigencia; aumentóse el dolor de la de Portugal con el espectáculo de su mísera situación, su carácter se tornó sombrío y se debilitó su cerebro. D. Alfonso estaba entonces en la cuna y doña Isabel tenía cuatro años. En esta edad, en que los niños al sentir que un amor tutelar vela por ellos, no fijan su atencion más que en cosas pueriles, compren-

dió la infanta que se debía á su madre y á su hermano.

Su tierno afan y su juicio apresuraron la madurez de su entendimiento, examinó las cosas bajo su verdadero punto de vista, y se penetró de la pequeñez é inestabilidad de las grandezas humanas. Un ejemplo de esta terrible verdad era su madre, privada de la corona y en seguida de la razon, despues de haber recibido las aclamaciones del pueblo.

El tiempo la enseñó tambien que sólo podia contar verdaderamente con el apoyo de Dios é invocó su auxilio fervorosa y cándida, otorgándola el Todopoderoso en premio de su entera confianza una gracia superior al poder de los reyes; el dón de sabiduria, que había de ser el faro que la guiase en medio de un mar sembrado de escollos, en el cual hubiera zozobrado cualquiera otra princesa. De este modo en el silencio y la oscuridad de su prision, la religion echaba en su seno profundas raíces; era su único consuelo, y tambien lo único que sabía. Por eso vemos que al cabo de algunos años la ignorancia en que el rey dejaba á sus hermanos dió lugar á enérgicas representaciones del clero, apoyadas por una parte de la grandeza, y que Enrique, fingiendo reparar su falta, los hizo traer á la córte con el pretexto de presidir, or sí mismo á sus estudios; pero en realidad no era sino para tenerlos en rehenes.

Ni el pasar repentinamente de un monasterio á un palacio, de la probeza al brillante teatro en que la reina disipaba su vida en fiestas, banquetes, cacerías y torneos, queriendo encubrir con un lujo deslumbrador sus vergonzosos amores, pudo ofuscarla, ni la cegó su pronta elevacion. En aquella atmósfera corrompida con la linsoja y los pérfidos consejos, rodeada de enemigas que espiaban sus palabras y hasta sus miradas para denunciarla á su cuñada, su prudencia, su esquisita penetracion, su constante reserva, su amor al estudio, su muda deferencia hácia los reyes, y sobre todo su sincera piedad, la salvaron de cuantas asechanzas la tendieron.

En un torbellino de diversiones procuraban sofocarse los lamentos de los castellanos. Irritado



el rey contra su apodo, ansiaba escándalos y peligros, y para hacer alarde de varonil bravura, prodigaba el valor de un modo insensato. Estragado con los placeres y hastiado del romanticismo de su valido, cayó en la más vil abyeccion con los más innobles compañeros; elevando á veces su capricho á oscuros familiares á los primeros puestos del estado. El descontento de los grandes formó un partido, que con el objeto de poner en el trono á D. Alfonso en lugar de su hermano, logró con maña hacérselo entregar por el mismo rey. Los conjurados eligieron la ciudad de Avila para concentrarse y coronarlo, mientras D. Enrique huía desatentado á Salamanca con la reina y la infanta Isabel.

Felizmente para el rey, el duque de Alba, que respetaba con veneracion el dogma de la legitimidad, voló á su socorro con sus criados y quinientos jinetes. Puede decirse que en estas circunstancias salvó esta poderosa casa el principio de la monarquía hereditaria; pues entusiasmados con su ejemplo otros grandes, reunieron en torno del soberano un ejército de veintiocho mil hombres. Pero el débil Enrique no supo sacar provecho de ellos, exponiéndose á nuevos peligros con un armisticio.

El gran maestre de Calatrava, don Pedro Giron, aprovechando con destreza estos disturbios, se atrevió á pedir al rey la mano de Isabel, en cambio de sesenta mil piezas de oro y tres mil caballos pagados de su peculio. Tan vacilante se sentía en su trono el soberano, que por más que parezca increíble, aceptó esta ofensiva proposicion, mientras la infanta indignada rogaba al Señor, y á su instancia venerables sacerdotes, la quitase la vida, mejor que permitir esta deshonor. La muerte repentina del gran maestre, puso término á su inquietud.

Segovia había abierto las puertas al pretendiente, y su hermana fué á su encuentro con intencion de quedar á su lado. Valladolid siguió el ejemplo de Segovia, y la causa de don Alfonso iba ganando cada vez más terreno, cuando una mañana se le encontró cadáver en su cama.

Isabel se retiró en seguida al convento de Avila, y en él la fué ofrecida la corona por una

diputacion de la nobleza, á cuyo frente iba el arzobispo de Toledo, pero la respondió que el amor que profesaba á su hermano, y el respeto que le debía, se oponían á que los escuchara, aconteciendo lo propio á otra importante comision de Sevilla. Don Enrique, enternecido con tanta lealtad, se reconcilió con ella.

Un suceso imprevisto la había libertado del ambicioso Giron; pero quedaban en pié los pretendientes coronados. El rey de Portugal, el duque de Guiena, uno de los hermanos de Eduardo IV de Inglaterra, y el hijo del rey de Aragon entraron en liza para obtener su mano. Como vecino y pariente esperaba la preferencia el portugues, tanto más, cuanto que teniendo en favor suyo al de Villena, por su influencia don Enrique y su mujer apoyaban sus proposiciones. Mas la firmeza de Isabel hizo fracasar un proyecto trazado por la infamia, é insensible á las súplicas del favorito y á las amenazas del rey, rechazó al lusitano.

Como conocía que en las gradas del trono la eleccion de un esposo no puede depender tan sólo de la voluntad del corazon, y que los monarcas deben posponer su propia felicidad á los intereses de su pueblo, despues de haber hecho tomar en secreto por su confesor informes de cada uno de los competidores, y de comparar su mérito, se fijó en su primo don Fernando, rey de Sicilia. En vano la diplomacia y la fuerza militar procuraron apartarla de su propósito, pues mientras un cuerpo de tropas avanzaba hácia Madrigal, para asegurarse de su persona, el arzobispo de Toledo y el almirante de Castilla, llegando á la cabeza de trescientos caballeros, la condujeron á Valladolid como en triunfo. Sin embargo, no podia don Fernando sin grave peligro trasladarse allí, porque se había dado orden de prenderlo, y al efecto vigilaban los caminos numerosas escuadras de soldados. Para evitarlas tuvo que venir disfrazado, fingiendo ser el criado de dos de los suyos; y viajando de noche logró á costa de mil trabajos llegar á Osma, donde ya se le esperaba. Al otro dia, con mejor escolta, salió para Valladolid, en cuya ciudad contrajo matrimonio con Isabel el 19 de Octubre de 1469.

Quizas no se vieron nunca los hijos de un



rey tan desvalidos. Isabel no aportaba al casamiento sino un dote de esperanzas, y Fernando habia necesitado que le prestáran para todos sus gastos. No podian sostener su acompañamiento, ni ménos aumentar sus parciales, porque su tesoro era el del arzobispo de Toledo, y éste no muy generoso. Dependian de él por esta causa los jóvenes esposos, y en más de una ocasion experimentaron cuán pesada es la obligacion que se contrae con un inferior. Además de esto, les preocupaba el porvenir; pues el número de sus adictos disminuía, y Valladolid, la ciudad hospitalaria, se habia vuelto á don Enrique, teniendo ellos que retirarse á Dueñas, cada vez más temerosos de los proyectos del rey, que acababa de entrar en Segovia. Entónces la amiga de Isabel, su compañera en la prision de Arévalo, doña Beatriz de Bobadilla, aprovechándose de la ausencia de Pacheco, arrostra el hablar de reconciliación á Enrique. Llegó inopinadamente su hermana en compañía del primado, le pide perdon por su casamiento, y él de suyo bueno, y que en el fondo no podía ménos de amar á tan encantadora criatura, la estrecha cariñoso entre sus brazos.

Villena murió algunos meses más tarde, y su dócil monarca le siguió al sepulcro, dejando el cetro de Castilla á la infanta doña Isabel el día 11 de Diciembre de 1474.

Su primer paso en aquel momento, que tanto temía ella, como deseaba su marido, fué poner su corona bajo la proteccion del rey de los reyes, para que mientras estuviese en el trono todo fuera en mayor gloria de Jesucristo y felicidad de sus vasallos, implorando principalmente del soberano señor el dón de justicia, que la Iglesia penetra en favor de los príncipes cristianos (1). Desde entónces el saber, que como en un tabernáculo residia en la casta Isabel, se manifestó en sus consejos.

Recogia con su herencia el fruto de las dilapidaciones y de los vicios de las dos épocas precedentes. Aparte de las facciones interiores veía prepararse como un huracán la invasion portuguesa que, combinada con un ataque de

(1) Deus judicium tuum Regi da, et justitiam tuam filio Regis. *Psalm. LXXI.*

los franceses y las incursiones de los moros, dispuestos siempre á pelear, podía ser de funestas consecuencias. Toda Castilla no la habia reconocido como soberana. Extremadura estaba por el duque de Arévalo, y Castilla la Nueva, revolucionada, por el joven marqués de Villena.

En estas graves circunstancias, no tan sólo no podía contar con refuerzos de Aragon, apurado de hombres y dinero, sino que de allí venian las mayores dificultades. El infante don Fernando, que no aportó al matrimonio otra cosa que deudas y enemigos, aspiraba á gobernar solo y en nombre propio, haciendo valer para ello derechos directos, y la costumbre establecida en su país de excluir del trono á las mujeres. Mas aunque Isabel lo amaba con entrañable afecto, lo respetaba sumisa, y apreciaba en mucho la viveza de su imaginacion, su asiduidad al trabajo, y su habilidad en los negocios, no le deslumbraba su tacto diplomático, ni queria entregarle la Castilla, ni lo suponía con las fuerzas necesarias para empuñar con sus solas manos las riendas de los pueblos, que su femenino ingenio habia concebido unir bajo un sólo cetro.

Por un lado sus consejeros le suplicaban mantuviese sus derechos, y por otro los de Aragon excitaban á don Fernando á no ceder en su demanda, hasta que al fin el cardenal Mendoza y el arzobispo de Toledo, nombrados árbitros en la cuestion, fallaron que solo á Isabel tocaba gobernar la Castilla. Dióse la sentencia ante los grandes del reino, é hirió tanto el orgullo aragonés de don Fernando, que habló de separarse de su mujer, y volver á los estados de su padre. Pero ella, con aquel tacto con que lo hacia todo, apaciguó la cólera de su enojado esposo con algunas palabras llenas de saber y de ternura, que ha recogido la historia. El sencillo cronista Valles las repite bajo el epígrafe de *Amoroso razonamiento*, y si él encuentra en el discurso de la reina las razones del amor, nosotros hallamos al mismo tiempo el amor de la razon, pues su lenguaje en aquel día, que iba á decidir de la suerte de España, fué una ingeniosa alternativa entre el amor y la razon, entre el corazón y el alma,



entre el cariño y el deber. Con poco esfuerzo le demostró que recibirían ambos provecho en regir cada uno sus estados, dándose mútua asistencia, y reuniendo dos nombres y dos coronas en una sola voluntad. Maravillándose el rey de la prudencia de Isabel, añade Valles, elogió mucho cuanto dijo, y concluyó declarando que era merecedora de reinar, no sólo en España sino en todo el mundo. (1)

Tal vez creyó Fernando que su alabanza no pasaba de ser una galantería; pero era un juicio, que han sancionado los siglos, y que permanece grabado en la memoria reconocida de una nacion entera.

En efecto, era digna Isabel de un trono, pues parecia haber nacido para mandar. Como sabia que todo poder viene de Dios, y que la responsabilidad de un monarca se proporciona á su dominio, lo hacia todo de suerte, que pudiera responder de ello ante el Eterno y la posteridad. No hay duda que fué infinitamente superior á su consorte en instruccion, en miras elevadas, en rectitud y en talento para elegir las personas y los medios. Pero como las desavenencias del rey con Francia, Italia, Flándes y Alemania lo pusieron en contacto con la diplomacia europea, y despues de la muerte de Isabel figuró durante once años en la escena política obrando por sí, la historia le ha reservado muchas páginas, sin guardar las suficientes á su esposa, y se ha olvidado al hablar de Fernando *el Católico* que tan hermoso sobrenombre lo debía á su compañera, que echó sobre él este reflejo de la aureola que ceñía su frente.

Aunque Fernando fuese el primero á la cabeza de todos los decretos, y aunque las monedas y los sellos del estado llevasen la doble efigie de Fernando é Isabel, no es ménos cierto que la reina gobernaba á Castilla, siguiendo su propia inspiracion; pero de tal modo, que los españoles no decían el rey y la reina, sino los dos reyes ó simplemente los reyes, para significar á entrambos. «Hubiérase dicho, observa el ilustrado P. Ráulica, que el marido

(1) Valles. *Sumaria adición*, cap. V. Introduccion á la *Crónica* de Hernando del Pulgar.

era la mujer, la reina de época tan gloriosa, y que la mujer era el hombre, el rey. (1)

No hablarémos más que de Isabel, porque no solamente la pertenece la iniciativa de las cosas más grandes, sino que la tomó antes de dar su mano al rey de Sicilia, y de ocupar el trono. El tratado de 5 de Marzo de 1468, base de su contrato matrimonial, establecía la guerra contra los moros. La expulsion de los mahometanos comprendía implícitamente la unidad española, la propagacion del cristianismo y de las luces, el aumento de territorio, la concentracion del poder y la restauracion de la autoridad legítima.

A la señal convenida se habian sublevado los facciosos y entrado por Castilla el rey de Portugal, capitaneando 20.000 hombres. Marchaba á cortas jornadas con aparato insolente, dando fiestas como un conquistador despues de sus victorias, y sin preocuparse en lo más mínimo del ejército español, porque sabia que Isabel estaba sin tropas, ni dinero, y además molestanda con las fatigas propias de un embarazo adelantado.

No conocia á la mujer.

Isabel pasaba los días y las noches á caballo, expidiendo correos, y acudiendo á reanimar el valor en las ciudades del Mediodía, mientras Fernando, por su parte, levantaba tropas apresuradamente. Vestida con su traje de guerra, y llevando á la cintura su recia espada toledana (1), toma el mando de las milicias de Ávila y Segovia; pero más escaso andaba el dinero que las armas y los abastos que los soldados; porque despues de haber enviado á su marido diez mil marcos de plata, que le remitió su amiga doña Beatriz de Bobadilla, no le quedaba ni un ducado para los gastos de la campaña. En este aprieto sugirió el rey de Aragon á su hijo un expediente, que no podia aceptar la leal Isabel.

(1) P. Ventura de Ráulica. *La mujer católica*, tomo II, p. 329.

(2) Esta espada recia y elegante, obra maestra del armero Antonius, no tenía sino un guardamano de acero bruñido, adornado al gusto árabe, y en la hoja estas divisas: *Deseo siempre onra. Nunca veo paz conmigo*. La armería real de Madrid, t. I, núm. 16.